

Advertencia al lector

Los *Ensayos* de Miguel de Montaigne presentan a la luz pública una novedad discursiva: la apertura del sujeto a la posibilidad de interpretación infinita de un mundo en cambio permanente. Las palabras con que Montaigne se refiere a América, “Nuestro mundo acaba de encontrar otro”, pueden proyectarse hacia este sentido general de búsqueda y diálogo. Y al mismo tiempo, es la creciente presencia de esta región muy pocos años atrás apenas vislumbrada uno de los acontecimientos que más fuertemente contribuyen a poner en duda las viejas certezas cosmológicas y antropológicas del europeo, al punto de obligarlo no sólo a abrir la reflexión sino a explorar nuevas formas de mirar y de escribir que pudieran resultar incluyentes de las distintas experiencias.

Los mapas y grabados que comienzan a circular a lo largo del siglo XVI y multiplicarse a través de la imprenta irán consignando poco a poco las noticias sobre esta cuarta parte del mundo que muy pocos años atrás no estaba contemplada por el sistema cosmológico ptolemaico y que en poco tiempo comenzó a sembrar el mundo de novedad.

Los ensayos surgen como nueva forma discursiva precisamente cuando empieza a tambalearse toda una concepción estática del mundo, desmentida por la nueva dinámica de la historia, y cuando América comienza a ser explorada y considerada parte del proyecto de expansión europeo, de modo tal que la prosa de la nueva región estará siempre doblemente articulada a distintas demandas de legitimidad por parte de extraños y propios. Es así como la escritura de los ensayos puede interpretarse como el permanente esfuerzo de trazado de un amplio mapa de ruta en busca del sentido, en el que todo punto de llegada se convierte en nuevo punto de partida. Montaigne dará a la prosa un golpe de timón genial que la asocia a la actividad misma de ensayar –examinar, probar, experimentar, sopesar, evaluar, intentar, impulsar– y logra así vincular una larga herencia cultural albergada en sus lecturas con una nueva operación de escritura que inscribe la palabra en el tiempo y en la reflexión moral: de allí en más se dedicará no tanto a la confirmación de la jerarquía de saberes ya establecida como a la búsqueda abierta de nuevos órdenes del conocimiento y el sentido. Una operación de tal magnitud –verdadero *big bang* en el mundo del sentido– necesitaba apoyarse, autorizarse a sí misma, con un procedimiento no menos audaz: la promesa de buena fe por la que se funda una nueva ética de la palabra.

Resulta así posible recuperar algunos de esos elementos poco estudiados y reconocidos en el ensayo, que por otra parte son los que permiten rastrear algunas de las claves de este tipo de escritos en América Latina: su profunda vocación de reflexión, diálogo y mediación intelectual; su plasticidad y apertura a la búsqueda del sentido; su vínculo con la sociabilidad, la conversación y la generación de un espacio simbólico de encuentro; su capacidad de establecer una nueva retroalimentación entre lectura y escritura y, por fin, su profundo vínculo con las exigencias éticas del discurso, que lo llevó a encontrar un espacio de libertad y una postura crítica del decir.

Desde el mirador americano, y tomando en cuenta la fuerte presencia que el ensayo y la literatura de ideas tienen en nuestro ámbito cultural, quiero proponer un nuevo asomo a la obra de Montaigne a la vez que ponerla en diálogo con los lectores contemporáneos. El ensayo abrió a los escritores de América Latina un espacio simbólico para pensar el mundo, ofrecer representaciones creativas del mismo y pensar su propio lugar en él: se trata en última instancia del problema de la representatividad y legitimidad de las representaciones.

También por mi parte considero que la genial operación que llevó a cabo Michel de Montaigne al dar a la luz pública sus Ensayos inauguró nuevos caminos para la escritura y para la prosa que habrían de resultar fundamentales para la prosa del mundo y la inteligencia de América, así como a su vez, de manera recíproca, la propia región contribuyó, desde la llegada del europeo, a detonar los cambios en el viejo sistema de creencias y la crítica del antiguo régimen de verdad necesarios para abrir camino al ensayo. Es mi propósito añadir a la discusión una serie de reflexiones sobre los efectos que sobre el conocimiento y la moral, y particularmente sobre la moral del conocimiento, tuvo esa revolución copernicana de la prosa no ficcional, apoyada en la responsabilidad del individuo por la palabra.

A lo largo de estas páginas se explorará la posible relación entre un género y un nuevo modo de entender, leer y escribir la experiencia humana: el nuevo mundo del ensayo y el ensayo del nuevo mundo. De allí que el presente libro se encuentre dividido en dos grandes partes. La primera de ellas, “El nuevo mundo del ensayo”, se dedica a pensar el género a partir de la exploración de la obra de Montaigne, instaurador de una nueva discursividad y de nuevas formas de reflexión y sociabilidad, a la luz de un tema que desde hace muchos años me persigue: el de la relación entre la palabra y la buena fe. El ensayo surge cuando se descubre además el “nuevo mundo” de la sociabilidad civil y comienzan a explorarse las nuevas

posibilidades de la prosa, con apoyo en el modelo de la conversación y la búsqueda de nuevos sentidos compartidos. Considero que el género nace cuando una concepción cerrada y un modelo repetitivo de certezas y saberes quedan superados por la crítica del sistema de autoridades que regía el conocimiento y se establece de una vez y para siempre la apertura a nuevas búsquedas y horizontes de sentido: una empresa de tales dimensiones sólo podía autorizarse a partir de un principio de responsabilidad por la palabra y es allí donde radica la fuerza propositiva y persuasiva del mismo. No se puede entender el lugar del ensayo sin entender que él mismo se ha construido a partir de la postulación de un nuevo lugar social de enunciación signado por el diálogo intelectual y la necesidad de legitimar nuevos caminos para la exploración del camino crítico hacia el conocimiento y el sentido.

A partir del ejercicio individual de la escritura del ensayo, y muchas veces al margen de las esferas e instituciones tradicionales, se hizo posible establecer redes de pensamiento y crítica. Varios son los rasgos de este tipo de textos que lo hicieron particularmente productivo para nuestros creadores e intelectuales: su capacidad de reunir escritura, reflexión y pensamiento crítico, así como su carácter de “conversación escrita” y su capacidad de ser un texto autobiográfico que al mismo tiempo “escribe historia” (Heitsch 2000: 3-4). El ensayo dotó a sus autores de las herramientas para poner en valor la experiencia e ir en busca del sentido. Esto a su vez nos lleva a atender particularmente a la dimensión moral y jurídica del género, en cuanto a la hora de tomar la palabra el ensayo aspira a explorar la relación entre sentido y verdad, entre representación y representatividad. El ensayo descubre la posibilidad de fundar un lugar nuevo de enunciación situado entre lo público y lo íntimo: un espacio libre y laico de intelección intelectual. Es necesario reconocer su vocación de sociabilidad y diálogo así como su capacidad de mediación entre discursos y lecturas. Su plasticidad y su ductilidad, su capacidad de cambio y transformación, de puesta en relación de distintas órbitas y saberes, le han permitido incluso pasar de los territorios acotados y las fronteras genéricas a los archipiélagos de infinitos recorridos y a las formaciones sin orillas fijas. Si en el ensayo es fundamental la escritura del yo, no resulta menos relevante su propio gesto de reinterpretar el mundo desde la relacionalidad y la conversación, así como su capacidad de reconfigurar tradiciones y repensar la historia a partir de la experiencia intelectual del sujeto. La prosa del ensayo se abre a la búsqueda, exploración y aun postulación del sentido y tiene como punto

de partida un estilo individual de ver el mundo y establecer una relación con él a través de la escritura en diálogo con la lengua viva, considerada a su vez medio de comunicación y espacio de diálogo, que, en fin, podrá rivalizar con otras formas del lenguaje especializado o empleado de manera meramente instrumental.

Si ya se ha reconocido el valioso papel desempeñado por el ensayo para la “inteligencia americana” (Alfonso Reyes) y se lo ha estudiado ampliamente como afirmación de una subjetividad y como puesta en relación entre ésta y el mundo, quiero por mi parte, y en homenaje a dos grandes pensadores latinoamericanos recientemente desaparecidos, Arturo Andrés Roig y Susana Zanetti, retomar dos categorías de análisis por ellos planteadas, a saber: “sujetivación” y “religación”, para proponer que se avance en el estudio de los procesos a través de los cuales el ensayista se construye a sí mismo como un nuevo sujeto cultural en conversación con su tiempo y su entorno social, a la vez que construye nuevos nodos para tejer redes de sociabilidad intelectual y espacios de intelección alternativos a los de las propias instituciones ya establecidas. A través de la inscripción en prosa de su propio ejercicio interpretativo, la apropiación de sus lecturas y el diálogo abierto con inúmeros autores, el ensayista adelanta el proceso generativo de un nuevo espacio simbólico de encuentro cifrado en el modelo de la conversación, la lectura y el intercambio libre de ideas. Un espacio alternativo a los ámbitos de poder y las instituciones ya existentes. Un espacio para recorrer a través de un viaje intelectual que actuará como principio organizativo del discurso. Un espacio de utopía cuyas condiciones se desatan en el presente mismo del pensamiento: un tiempo modificable, construible y escribible. Un espacio para cuya fundación se necesita encontrar una base sólida de sustentación: un principio de sinceridad, transparencia y responsabilidad por la palabra. He aquí donde comienza a operar en toda su amplitud la buena fe, única garantía posible para todas las operaciones de reflexión y puesta en diálogo que habrán de desplegarse.

La preocupación por la verdad reexaminada desde una perspectiva a la vez epistémica y ética se hace evidente en los *Ensayos*. Al estudiar la obra de Montaigne como una “poética del margen”, Claire de Obaldia muestra cómo a través de su apropiación de la tradición el autor francés fue mirando la jerarquía del conocimiento impuesto desde la *doxa*, que radica en “convencernos de la existencia de un orden natural y humano que existe de manera perdurable más allá de las formas cambiantes y heterogéneas de la cultura y la historia”. El ensayista llegó así a construir una poética paradó-

jica a través de la cual logró mostrar la interdependencia de la verdad con la historia y emancipar el significado de la trascendencia: la autoridad de la tradición está también sustentada en el tiempo y debe, por lo tanto, entenderse en su contexto histórico y cultural. “Ensayar” es, para esta misma autora, estar preocupado por los fundamentos y los criterios de verdad, por las condiciones de la significación y por el problema de la representación o mimesis. La confrontación de los *Essais* con la autoridad o “verdad” de la tradición está íntimamente ligada al examen y la puesta en crisis de estructuras o formas discursivas dadas. Al romper con los modelos tradicionales y el empleo repetitivo de las fuentes y del discurso retórico, Montaigne alcanzó a someter a examen sus propios fundamentos culturales, la validez de sus tópicos y los límites de su competencia en un mundo en el que por lo demás había hecho ya su aparición la imprenta (Obaldia 1995: 65-69), esto es, en el que los fenómenos de reproducción, circulación y recepción de la palabra se vieron fuertemente transformados.

La segunda parte de este volumen, “El ensayo del nuevo mundo”, se dedicará a tender puentes entre la precedente reflexión general con el espacio y el tiempo americanos, para luego asomarse a algunos de esos grandes momentos en busca del sentido y la resolución estética de los conflictos históricos protagonizados por la escritura en la región.

Con otros estudiosos considero que la genial operación llevada a cabo por Michel de Montaigne al dar a la luz pública sus *Ensayos* inauguró nuevos caminos para la escritura que habrían de resultar fundamentales para la prosa del mundo y la inteligencia de América. A su vez, de manera recíproca, la propia región contribuyó, desde la época del descubrimiento, a detonar los cambios en el viejo sistema de creencias y la crítica del antiguo régimen de verdad necesarios para abrir camino al ensayo. Es mi propósito añadir a la discusión una serie de reflexiones en torno a los efectos que sobre el conocimiento y la moral, y particularmente sobre la moral del conocimiento, tuvo esa revolución copernicana de la prosa no ficcional, apoyada en la responsabilidad del individuo por la palabra.

En esta sección he procurado mostrar el papel que la letra, la imprenta, el diálogo y la responsabilidad por la palabra han tenido en la gesta de la prosa en América Latina, a partir de un acercamiento no tradicional que busca en el ensayo claves de sociabilidad intelectual y preocupación moral. En naciones como las nuestras, donde la palabra monocorde y autoritaria de la administración y la burocracia rivalizó con la palabra del diálogo, la renovación y la discordancia, autores deslumbrantes como Bartolomé de

las Casas, Simón Rodríguez o Bernardo de Monteagudo buscaron apoderarse de la palabra para socavar desde las bases mismas el poder y el orden letrado, en un discurso en que la política y la moral se entretajan con razones jurídicas hasta postular una nueva legitimidad de la palabra con fuerza instituyente. Ya en el siglo XX, a partir de la reconfiguración del campo literario y del proceso intelectual anunciada desde el romanticismo y consumada por el modernismo, el ensayo se convierte en uno de los géneros centrales de la creación y la crítica, a la vez que la prosa de interpretación con él emparentada se irá expandiendo en nuevos ámbitos discursivos, tendiendo puentes *entre lo próximo y lo distante*.

Verdad y autenticidad son los modos que el ensayista Ezequiel Martínez Estrada, paradójico y nietzscheano, encontró para emprender la crítica de los vicios de la propia cultura y el envilecimiento de una sociedad que vivió antes de tiempo procesos de terciarización y burocratización; notable es además desde esta perspectiva su particular lectura de Montaigne. En muchos casos, el propio ensayo contribuyó a fundar espacios de sociabilidad a través de la palabra, como lo muestra el ejemplo de Pedro Henríquez Ureña, quien combinó el ejercicio individual de la prosa con la militancia en diversas empresas culturales que tomaron como divisa el libro, y cuya reflexión desencadenó a su vez un magno esfuerzo por trazar redes intelectuales, por religar tradiciones de pensamiento y organizar proyectos de intervención cultural. Con el gran pensador dominicano se vuelve a poner en evidencia la relación fuerte que existe entre ensayar, editar y publicar.

En otros casos, como el de José Lezama Lima, el establecimiento de redes de diálogo desde la escritura así como también desde la fundación de distintos proyectos y espacios de amistad en la literatura permitió encontrar nuevos sistemas de religación letrada y rediseño de la historia latinoamericana desde la imaginación, en operaciones siempre apoyadas en la absoluta responsabilidad por el decir. Lezama puso en diálogo la tradición letrada insular con la de tierra firme, en un magno esfuerzo para trazar un nuevo mapa de la tradición literaria hispanoamericana.

He procurado además asomarme a otros caminos contemporáneos de la prosa, como es el caso de la reconstrucción ficcional del legado de Montaigne por parte de Jorge Edwards: en nuestros días y en nuestros países se replantea fuertemente la relación entre ensayo y ficción, así como se abre un enorme abanico de posibilidades para la exploración de la subjetividad y las distintas operaciones narrativas que hoy emergen con renovada fuerza en la escritura del ensayo. A través de la novela se exploran nuevos puentes

con la prosa no ficcional y nuevas modalidades de instauración y restauración de la verdad del acontecimiento.

Otro tema apasionante es el que se manifiesta a través de los nuevos caminos que exploran hoy formas como la crónica o el artículo, en un mundo en el que las jóvenes generaciones buscan abrir el paso de la verdad en el bosque de la desconfianza, el engaño, el simulacro, la ambigüedad, las medias palabras, los discursos huecos, la falsificación, instauración de nuevos regímenes de mentira y la traición. La “pulsión de verdad” que hoy evidencian muchas líneas del periodismo crítico y representantes emergentes de la sociedad civil en América Latina es resonancia y consonancia de un amplio coro de voces procedentes del mundo entero cuya exigencia es *que nadie nos mienta nunca más...*

A través del estudio de estos y otros ejemplos continúo por mi parte indagando la posibilidad de diseñar una constelación del ensayo, sus temas, autores y problemas: una tarea a la que me encuentro abocada desde hace muchos años y desde estudios anteriores, tales como los que dediqué oportunamente a Alfonso Reyes, José Carlos Mariátegui, Jorge Luis Borges u Octavio Paz, así como también a la buena fe y al estudio del ensayo latinoamericano, en un trabajo que en mucho se parece al despliegue de una espiral en la que retomo desde diferentes puntos ciertos temas que considero centrales, o al armado de un rompecabezas representativo de la deslumbrante prosa en lengua española, o a un mapa de ruta que sugiera cómo recorrer el ensayo y proponga un asomo a sus fronteras y confines. El presente libro culmina con la lectura de un grande del ensayo hispanoamericano, Tomás Segovia, quien supo como muy pocos volver a explorar la relación entre fidelidad a la verdad y sentido, al mostrar que “el lenguaje no es ni el inquilino ni el casero de la verdad”: “es su fiador”. Y añade: “Como lenguaje que se rebasa a sí mismo, que siempre ‘quiere decir’ más de lo que quiere decir, deforma siempre la realidad y por lo tanto la oculta. Como lenguaje que nunca se alcanza a sí mismo, que nunca puede ‘querer decir’ todo lo que *quiere* decir, le falla siempre a la realidad, es incapaz de decirla como quisiera. Al mismo tiempo, como vocación de decir, apunta siempre a la verdad” (Segovia 1985: 288).

En mi lectura recupero como centrales algunas de las ideas y propuestas más luminosas de Tomás Segovia, tales como esta sentencia, que sólo en apariencia resulta sencilla: *todo decir es un querer decir*. Lejos de pensar el mundo humano como neutralidad e inexpressividad, *querer decir* significa adelantar un sentido, una orientación, una destinación, una vocación

de diálogo, una vocación de inscripción de la palabra en un horizonte moral y un apuntar siempre a la verdad. Para el caso del ensayo, el querer decir de un autor da lugar al querer decir de un texto y el querer decir del texto da lugar a la fundación de un espacio de encuentro que multiplica las posibilidades de diálogo. Todo ello nos conduce a otro tema mayor: la buena fe en la búsqueda de la verdad, cuya contraparte es la posibilidad de pensar el espacio humano a partir de los principios de libertad, encuentro y responsabilidad.